



Mis maestros

JM Gutiérrez-Vázquez

Mis maestros

JM Gutiérrez-Vázquez

Directorio

Gobierno del Estado de Michoacán de Ocampo

Mtro. Leonel Godoy Rangel

Gobernador Constitucional

Secretaría de Educación del Estado de Michoacán

M.C. Graciela Carmina Andrade García Peláez

Secretaria de Educación

Mtro. J. Abelardo Mejía Rodríguez

Coordinador de Planeación, Evaluación y Programación Educativa

Mtro. Rubén Montañez

Asesor

Universidad de La Ciénega del Estado de Michoacán de Ocampo

M.C. Serafín Aguado Gutiérrez

Rector

M.C. Claudia Alarcón Zaragoza

Secretaria Académica

Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe

Lic. Mercedes Calderón García

Directora General

Dr. Ernesto Rodríguez Moncada

Director de Investigación y Evaluación

Centro de Investigación y Desarrollo del Estado de Michoacán

M.C. Guillermo Vargas Uribe

Director General

Universidad Intercultural Indígena de Michoacán

Dr. Hugo Uribe Rodríguez

Rector



Secretaría de Educación del Estado de Michoacán

Universidad de La Ciénega del Estado de Michoacán de Ocampo
Editorial Pelicanus

Centro de Cooperación Regional para la Educación de
Adultos en América Latina y el Caribe

Centro de Investigación y Desarrollo del Estado de Michoacán

Universidad Intercultural Indígena de Michoacán

Mis maestros

Primera edición, 2009

Edición: Lucrecia y Juan Cristián Gutiérrez Maupomé

© Irene Gutiérrez Grinberg y Tomás Gutiérrez Watson

© Secretaría de Educación del Estado de Michoacán

Av. Siervo de la Nación No. 1175

Sentimientos de la Nación

C.P. 58192, Morelia, Michoacán

Tels. (443) 316-27-05, 322-01-01 y 316-11-75

www.educacion.michoacan.gob.mx

© Universidad de La Ciénega del Estado de Michoacán de Ocampo

Boulevard Lázaro Cárdenas Sur No. 105, interior 20

C.P. 59000, Sahuayo, Michoacán

Tel. (353) 532-61-65

www.uciengam.edu.mx

© Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe

Avenida Lázaro Cárdenas 525, colonia Revolución

C.P. 61609, Pátzcuaro, Michoacán

Tels. (434) 342-82-00, fax (434) 342-81-51

www.crefaledu.mx

© Centro de Investigación y Desarrollo del Estado de Michoacán

Calzada Juárez 1446, colonia Villa Universidad

C.P. 58260, Morelia, Michoacán

Tel. (443) 316-71-27, 326-80-12

www.cidem.michoacan.gob.mx

© Universidad Intercultural Indígena de Michoacán

Carretera Huecorio km. 3 s/n

Huecorio, Pátzcuaro, Michoacán

Tel. (434) 343 80 88, (443) 304 06 79 y 316 08 68

© Editorial Pelicanus

editorialpelicanus@gmail.com

Diseño de portada e interiores: Ernesto López Ruiz

Fotografía de la portada: Mariana Yampolsky

© Fundación Cultural Mariana Yampolsky, A.C., México

Fotografías en interiores cortesía de las familias Gutiérrez Watson y Gutiérrez Maupomé, de Carlos Blanco, el Departamento de Investigaciones Educativas (DIE-CINVESTAV) del IPN y el CREFAL.

Coordinación editorial: Mario Chávez-Campos

Cuidado de la edición: Cecilia Fernández Zayas

ISBN: 978-607-95293-3-8

Impreso y hecho en México

CONTENIDO

Advertencia a los lectores	7
A manera de prólogo	9
1. Doña Inés Salgado	15
2. La maestra Cantú	19
3. Don Erasto Cortés Juárez	23
4. Don Maximino Martínez	27
5. Don Carlos Pellicer	31
6. Don Julio Torri	37
7. Don Jacobo Dalevuelta	41
8. Don Francisco López Bayghén	45
9. Don Laszlo Radvanyi	51
10. Don Federico Bonet Marco	55
11. Don Juan de Oyarzábal	57
Breve semblanza de J.M. Gutiérrez-Vázquez. Por: Juan Cristián y Lucrecia Gutiérrez Maupomé	61
Resumen del curriculum vitae	65
Fotografías	67

ADVERTENCIA A LOS LECTORES

Cuando la muerte finalmente se impuso sobre su vida, como siempre hace, el doctor Juan Manuel Gutiérrez-Vázquez se encontraba trabajando en lo que él consideraba que sería su último libro. Libro que era para él de la mayor importancia, en parte por ser su manera de dar las gracias, en parte por permitirle continuar la exploración de las formas de la enseñanza y el aprendizaje. Exploración que fuera una de las grandes (y múltiples) pasiones de su vida.

En sus meses y días finales, tuvimos la oportunidad de conversar con él en detalle en torno a estos textos y sobre su deseo de que llegasen algún día a la imprenta. Lo prometido es deuda, así es que nos hemos dado a la tarea de editar el libro. Hemos respetado el texto original, tal como quedó en su última versión del 10 de agosto de 2008, apenas una semana antes de su fallecimiento. El homenaje al maestro Federico Bonet Marco quedó inconcluso, faltando el texto referente a las experiencias y reflexiones personales de nuestro padre, a pesar de lo cual decidimos incluirlo. Añadimos, además, un texto final que nos parece redondea el libro; se encuentra en *itálicas*, para diferenciarlo claramente del texto original.

Este libro se publica gracias a la diligencia de Mario Chávez-Campos, a quien le estamos muy agradecidos por haber encontrado los cauces para su publicación y permitirnos así cumplir lo prometido a nuestro padre.

Hacemos un reconocimiento muy especial a Cecilia Fernández Zayas no sólo por el amoroso cuidado de la edición, sino por el apoyo que nos ha dado, en todo sentido, a lo largo de este proceso.

Estamos más que agradecidos a Arjen van der Sluis, creador de la Fundación Cultural Mariana Yampolsky, por habernos abierto el archivo fotográfico de Mariana y por cedernos el derecho de utilizar la fotografía de la portada. Agradecemos también a Carlos Blanco, al CREFAL y al DIE por cedernos el derecho de incluir en la sección final varias fotografías de su autoría o de su propiedad.

LUCRECIA GUTIÉRREZ MAUPOMÉ
JUAN CRISTIÁN GUTIÉRREZ MAUPOMÉ

A MANERA DE PRÓLOGO

Escribir estas notas sobre algunos de mis maestros ha terminado siendo un ejercicio casi arbitrario. Desde el jardín de niños al que asistí en 1934, hasta mis estudios de licenciatura que terminé en 1951, he tenido muchos mentores excelentes además de los 11 que quedan aquí consignados, y he aprendido muchísimas cosas de personas que nunca fueron profesores míos. También me formé como persona gracias a la consideración, tan sostenida, penetrante y sensata como fue posible para mis exiguas luces, de la obra de numerosos creadores de otros tiempos, culturas y lugares, a quienes no conocí en persona por insalvables distancias geográficas o históricas, y que de alguna manera fueron mis preceptores a través del registro de sus hazañas. Por otra parte, estoy tan endeudado con los 11 maestros cuyo quehacer comento en estas líneas que no puedo resistir más la tentación de compartir mis notas, con la intención, además del reconocimiento a ellos debido, de destacar aprendizajes que fueron para mí fundamentales y formativos, lo cual podría resultar de interés para docentes en formación o en servicio, siempre en peligro de naufragar en los inclementes piélagos de los contenidos curriculares y de desordenadas formas de expresión discursiva, o de pasar por alto la consideración de árboles señeros justo por encontrarse extraviados a la mitad del tupido bosque que constituye el programa de su grado o de su asignatura.

¿Por qué estos 11 maestros permanecen tan cerca de mí a mis 80 años y sus enseñanzas me han acompañado de manera tan provechosa y benéfica durante toda la vida? Pues porque contribuyeron a formarme como persona, como ser humano, esto es, no solamente para cursar con éxito razonable los grados o ciclos educativos subsiguientes o para desempeñarme con dignidad en el trabajo, sino para vivir la vida, para entender y enriquecerme al considerar el pasado, para hacer fructificar de la mejor manera el presente, para tomar decisiones oportunas con respecto al porvenir, todo ello tanto en soledad como al cumplir con mis responsabilidades hacia mis semejantes y hacia el medio social y natural, así en asuntos intelectuales como en cuestiones afectivas, sociales, morales y materiales. Por supuesto que a su lado desarrollé mis conocimientos en el sentido epistemológico ortodoxo o tradicional, no faltaba más, pero muy lejos estuvieron ellos de circunscribirse a una finalidad tan magra: a su lado aprendí a ver las cosas de otra manera (ojo, pero no de *su* manera, pues ellos me educaron, nunca me indoctrinaron: me auxiliaron para que yo desarrollara mi propia mirada, no para que reprodujera la suya); aprendí a hacer mis atisbos más incisivos y mi pensamiento más despabilado, ya se tratase de considerar asuntos de la materia o del espíritu; cultivé la valoración de sentimientos y actitudes de manera cualitativa y me fui afirmando en la práctica de la bondad, en la búsqueda de la

verdad y de la belleza y en el ejercicio de la libertad, gozando con todo ello. Gentiles, animosos y positivos, ellas y ellos, los recordaré siempre también por su calidad humana y por la convicción y a menudo la pasión con la que ejercieron su magisterio.

Los recordaré también no solamente por lo que me enseñaron sino por la manera en que lo hicieron, pues el cómo se hacen las cosas también es asunto de peso en el aprendizaje. Ellos sabían mucho sobre el contenido de la asignatura que tenían a su cargo, esto es, sobre lo que se sabe; pero también entendían bien cómo averiguar sobre lo que no se sabe, en su disciplina o en otras avenidas del quehacer humano, asunto fundamental en todos los niveles educativos aunque tienda a ser considerado condición *sine qua non* solamente para los estudios superiores (yo de hecho comencé a sufrir de mis achaques de investigador durante mi educación primaria). Con frecuencia las asignaturas se ven privadas de todos los aspectos inquisitivos de la disciplina que representan en las escuelas y se convierten en cosa inocua; toda disciplina es esencialmente creativa, pero por desgracia, en la escuela, las asignaturas respectivas resultan estériles e inofensivas. Ese no fue el caso de mis maestros cuya memoria aquí recojo. Hacedores de alguna manera originales, su vida y sus trayectorias personales y profesionales fueron por diversas razones ejemplares tanto para sus colegas como para sus venturosos alumnos.

Otro asunto sobre el que estas consideraciones también nos ofrecen la oportunidad de meditar es cómo es que dos personas tan distintas como por ejemplo el Maestro Radvanyi y el maestro López Bayghén fueron tan buenos maestros. Me refiero concretamente a su talento, a lo pulido de su capacidad intelectual, a su posición en el mundo del saber. El maestro Radvanyi poseía una inteligencia excepcional y cultivada a los grados académicos más altos en instituciones europeas de prestigio internacional; era conocido y reconocido en todo el mundo. A 50 años de su muerte se sigue hablando de él, y las entradas respectivas en Internet, referidas a su persona y a su obra, suman decenas de millares. El maestro Bayghén, con el debido respeto, tenía un talento moderado, su preparación, de alguna manera un tanto rudimentaria, no pasó de la Escuela Normal Superior de México, su desempeño fue conocido por unos cuantos centenares de personas, colegas y alumnos, y eso en dos o tres instituciones de nuestro país, hay una sola referencia a su nombre en Internet, por cierto muy elogiosa, relacionada con su desempeño como educador en municipios rurales del estado de Sinaloa cuando contaba solamente con 25 años de edad. Pero los dos fueron excelentes maestros, enseñaran la materia que enseñaran y en la circunstancia en que estuvieran. Estamos pues obligados a seguir explorando hasta identificar con una mínima puntualidad operacional lo

que convierte a una persona común y corriente en un buen maestro. De no hacerlo, la futilidad de las escuelas formadoras del profesorado en todo el mundo seguirá enseñoreada de tales instituciones.

Estas notas son, pues, un reconocimiento y un homenaje para mis maestros y para todos los maestros, pero también una invitación para que todos sigamos pensando en el arte y la ciencia que nos convierten de seres comunes y corrientes en buenos educadores.

1. DOÑA INÉS SALGADO

Fui alumno de la maestra Salgado, la seño Ine como le llamábamos todos, en el jardín de niños “Juan Amos Comenio” del barrio de San Rafael en la Ciudad de México, el año de 1934, cuando contaba yo con cinco años de edad. La recuerdo con gran claridad: morena, de buena estatura, cara redonda, frente amplia, ojos bailadores, boca menuda apenas maquillada y siempre sonriente, pelo oscuro corto y ondulado, porte enjundioso y quizá un poco robusto, muy animosa y alegre, permanentemente accesible, de seguro (pienso ahora) transitando por sus 30 o 35 años. Estando con ella se sentía uno bien acompañado.

Es más que probable que mi *Kindergarten*, como le llamábamos entonces a los jardines de niños antes de designar a ese nivel con el horrible y equívoco nombre de educación pre-escolar, no se distinguiese mucho de otros jardines urbanos. Desde que fue creado como nivel y como manera educativa, válidos manera y nivel por sí mismos y no como preliminares de algo, por Federico Froebel a fines de la primera mitad del siglo XIX en Blankenburg, Alemania, los *Kindergarten* se distinguieron por la eficacia con la que la idea de su creador fue diseminada por todo el mundo: ayudar a las mentes y cuerpos de niñas y niños a que crecieran y se desarrollaran de manera natural y espontánea. La idea era tan buena que se aplicó bien desde un principio: aprender a través del juego y de proyectos diversos colectivos e individuales el manejo de las formas, de los

colores, de las imágenes, de la música y de la danza, entrar en contacto curioso y lleno de respeto con la naturaleza y con la vida social, usar el juego como herramienta didáctica para enriquecer las percepciones de los párvulos y establecer la necesidad de algunas nociones fundamentales, en fin.

¿Qué no aprendimos con la seño Ine? Aunque muchos de nosotros llegamos temerosos al primer “día de escuela” de nuestras vidas, y aún algunos hubimos de ser regresados a nuestras casas hechos un mar de lágrimas, pronto comenzamos a ir con gusto y el año se nos fue en un soplo. Jugábamos a “La oca” y a “Serpientes y escaleras”, usando fichas y dados, con lo cual aprendimos a contar; jugando, aprendimos a leer y a escribir nuestros domicilios y por lo tanto a reconocer muchos números y letras; jugábamos a construir castillos con bloques de madera de diferentes colores, tamaños y formas, aprendiendo a imaginar por anticipado los espacios y superficies que necesitábamos para colocar y desplazar nuestras figuritas y muñecos (o en mi caso dejar los huecos necesarios para poder observar los ojos de mi compañerita Gloria Leal, que me encantaba); jugábamos con cintas métricas y otros instrumentos de medición, con lo que aprendimos los rudimentos para la cuantificación de magnitudes; construimos rudimentarias balanzas con las que comparábamos el peso de diversos objetos, que luego ordenábamos del que pesaba más al que pesaba menos; jugábamos a comparar nuestros trabajos, no para establecer cuál era el mejor sino para aprender a observar y a desarrollar nuestra curiosidad, para ilustrarnos unos a otros y mejorar lo que éramos capaces de producir; dibujábamos tanto los árboles, arbustos y flores del gran patio del plantel

como los animales que allí encontrábamos (lombrices, caracoles, arañas, cochinillas) e incluso el perro del conserje (y al conserje mismo); jugábamos a describir lo que habíamos visto camino de la escuela, con lo que caíamos en la identificación de muchas cosas que ocurren de manera sistemática o no en nuestra sociedad y las normas y costumbres que de ello se derivan; jugando a que éramos campesinos, cultivamos quelites en la parcela escolar, y con ellos preparamos unos ricos tacos en la fiesta del Día del Niño. Y claro que cantamos, manejamos colores, participamos en bailables, hicimos mucha gimnasia y jugamos mucho fútbol.

La maestra también nos leía cuentos muy entretenidos y nos mostraba las ilustraciones que traía el libro en cuestión. Y ambas cosas, como todo lo que hacía, eran realizadas con gusto, con un placer que era evidente y que era contagioso. La señora Ine era una personalidad infecciosa: nos transmitía el contento y la satisfacción con que hacía todo. Y aunque, como he narrado, fue mucho lo que aprendí en su clase, yo destacaría que fue ella la que me hizo comenzar a darme cuenta de que aprender era una actividad gozosa. Claro que mi edad no me permitió conceptualizar esta experiencia, pero fue tan repetida durante ese año que siempre recordé, cuando ya cursaba estudios en la primaria y en la secundaria, que fue la maestra Ine quien me hizo comenzar a percibir la asociación que existe entre aprendizaje y gozo.

Y el asunto no se detiene allí, de ninguna manera, pues viene algo de calibre aún mayor, aunque otra vez, por supuesto, tampoco pude conceptualizarlo en su momento: de la señora Ine fui aprendiendo, de alguna manera, que la vida hay

que vivirla con alegría. Esa noción era dentro de mí apenas un embrión, y yo no pasaba de ser otro.

Ella no era simplemente una vieja rechoncha, feliz y satisfecha, claro que no. Nunca nos llamó “mi vida...” ni “amor mío...”, pero era evidente que éramos su vida y que nos amaba. Vivía con alegría y en todo momento daba lecciones de vida a sus alumnos, que, sin darnos cuenta, íbamos aprendiendo a vivir de esa manera. Y esto no es un aprendizaje menor. Coincidió esto con el tiempo en que mis padres me sorprendieron en la sala de la casa bailando la Séptima Sinfonía de Beethoven. Y pocos años más tarde escuchaba obstinadamente la Novena, con su “Oda a la Alegría” escrita por Schiller.

¿Se propuso realmente la señora Ine enseñarnos a vivir con alegría?, o ¿fue ésta una de las tantas cosas, buenas y malas, que aprendemos en la reiteración de la vida diaria de la escuela sin que ni la institución ni sus docentes se lo propongan y que vienen a resultar más importantes en nuestra vida que el recordar los nombres de las capitales de los países europeos, de los afluentes del Amazonas o el número atómico del sodio? A mí nadie me saca de que todo el asunto comenzó gracias, por un lado, a la música que se escuchaba en casa y, por el otro, a los rudimentos sembrados por la alegría de vivir de la maestra Inés Salgado, en el jardín de niños “Juan Amos Comenio” del barrio de San Rafael, en la Ciudad de México, el año de 1934.

2. LA MAESTRA CANTÚ

Carezco de toda información sobre la vida y milagros de la maestra Cantú, ni siquiera recuerdo su nombre de pila. He buscado en enciclopedias y libros de lo más diverso y ninguna publicación incluye su nombre. Tampoco aparecen datos sobre ella en Internet. Quizá sea éste el destino de nosotros, la mayoría de los maestros: después de decenas de años dedicados a la enseñanza, y con ello al progreso de nuestros alumnos y del campo o disciplina que cultivemos (pues no solamente la investigación conduce al desarrollo del conocimiento, también lo hace la buena enseñanza que logra despertar y consolidar vocaciones de quienes se dedicarán en el futuro a pesquisas y escudriñamientos formales), al final no queda registro alguno de nuestro paso por estas tierras, como no sea en los archivos polvorientos de escuelas, secretarías y ministerios, en los que alguna vez tendré que buscar información sobre la maestra Cantú. De manera que la vida de esta formidable profesora, que resultó crucial para mi educación (como seguramente para la de muchos), viene a constituir una especie de alegoría y encarnación de la recompensa que nuestras sociedades tienen cuidadosamente diseñada para los docentes ejemplares, devotos de su quehacer, entregados al bien de los demás: el olvido.

Fui alumno de la maestra Cantú en 1938, cuando, a la edad de nueve años, cursé el cuarto año de mi educación primaria.

La escuela a la que yo asistía, la Fray Servando Teresa de Mier del barrio de San Rafael en la Ciudad de México, era un plantel enorme ubicado en un gran edificio de piedra y concreto grises, de dos pisos, con centenares de alumnos y decenas de profesores. La señorita Guillén, directora de la institución, había desarrollado un sistema de trabajo en que cada grupo, además de tener un profesor encargado de aspectos educativos básicos generales y de su propia área curricular, asistía a clases especializadas impartidas por otros docentes del plantel que se habían preparado para ello (cosa que se cultiva ahora, más de 60 años después, en planteles avanzados de educación básica en algunos países postindustriales, como en la Gran Bretaña). De esta manera, todos recibíamos, a partir del cuarto grado, matemáticas con la maestra Pepita, español con la maestra Suárez, historia y civismo con la maestra Meche, educación artística con el maestro Cortés Juárez, y ciencias naturales nada menos que con la maestra Cantú.

El salón de ciencias, esto es, el salón de la maestra Cantú, tenía las paredes cubiertas de láminas anatómicas y de estantes con abundantes ejemplares animales y vegetales preservados con virtud varia; había anaqueles con diversos aparatos, frascos con sustancias y reactivos, gradillas, tubos de ensayo, matraces, soportes y lo que ustedes quieran y manden. No había los mesabancos de rigor, sino mesas de laboratorio para equipos de seis personas. La maestra Cantú, quizá un poco más allá de sus 40 años, piel rosada, pelo negro y corto suavemente ondulado y mostrando ya algunas canas, gesto serio y hasta grave pero de ninguna manera áspero ni huraño (aunque en verdad poco dado a la sonrisa), la mirada penetrante a través de sus lentes

sin aro, ataviada siempre con su irreprochable bata blanca almidonada, dirigía suave pero inequívocamente todas las acciones dentro de su *sancta sanctorum*.

Realizamos allí con cierto rigor numerosos experimentos, entre otros, sobre la dilatación de los metales al aplicarles calor, armados del conocido Anillo de Gravesand, varillas y planchas metálicas, termómetros (la explicación de cuyo funcionamiento aprendí entonces), mecheros de alcohol y no sé cuántas cosas más. La maestra Cantú no se conformaba con hacer demostraciones: siempre vigilante para evitar contratiempos, nos estimulaba para que hiciéramos las cosas con nuestras propias manos, viéramos con nuestros propios ojos, pensáramos con nuestras propias cabezas. Recuerdo un estudio que realicé con su apoyo sobre los piojos que parasitan la piel del cuerpo humano, observando en el único microscopio con que contaba la escuela una laminilla con ejemplares de piojos de la cabeza, para luego, guiado por la maestra con la discreción que la caracterizaba, comparar mis dibujos con las ilustraciones de un libro que ella trajo de su casa y que mostraba además los piojos del cuerpo y del pubis (las famosas “ladillas”). Nunca olvidaré la forma en la que me miró la maestra Cantú al entregar mi monografía ilustrada, de tres páginas: ella siempre expresó sus emociones con los ojos mejor que con la palabra.

Con todo ello la maestra Cantú logró desarrollar en nosotros ingenio, imaginación, destreza y perseverancia. Pero quizá lo más importante que aprendimos con ella fue a desarrollar nuestras competencias de observación, yendo mucho más allá de un primitivo empirismo, dándonos cuenta de que no bastan nuestros sentidos para hacer un examen riguroso de los objetos

de estudio; comenzamos de esa manera a arañar las ideas de que se observa con el pensamiento, de que nuestros sentidos son solamente instrumentos de nuestra inteligencia, de que sensación no es lo mismo que percepción y que percepción no es lo mismo que conocimiento (muchos años después aprenderíamos también que conocimiento no es lo mismo que sabiduría). Y durante las clases prácticas de ciencias naturales de la maestra Cantú aprendimos que para observar hay que fijarse muy bien, hay que escudriñar con perspicacia, hay que comparar y distinguir, hay que identificar semejanzas y diferencias, hay que establecer relaciones entre los objetos que se observan y entre éstos y los que se han observado antes, analizando todo muy cuidadosamente; los objetos de estudio deben ser manipulados hasta donde sea posible, utilizando todas las piezas de equipo que se puedan conseguir, ordenando la información que se va obteniendo al observar, haciendo un buen registro de todo ello y comparando nuestros registros con nuevas observaciones. De alguna manera se comenzó a gestar en mí la convicción de que no somos objetos sino sujetos, por lo cual no podemos concretarnos a considerar lo que los objetos nos dicen sino lo que nuestra penetrante subjetividad nos señale.

Todo eso aprendí o comencé a aprender con la maestra Cantú. No podría decir si con ella cubrimos ese año el programa de ciencias naturales del cuarto año de educación primaria. Pero lo que llevo aquí relatado ha ido conmigo orientándome a lo largo de toda mi vida, como investigador, como maestro y como persona.

3. DON ERASTO CORTÉS JUÁREZ

(1900-1972)

Como dije hace unas pocas planas, en la escuela primaria a la que asistí teníamos, a partir del cuarto grado, maestros por especialidades. El maestro Cortés Juárez fue nuestro profesor de educación artística en 1938, cuando contaba yo con nueve años de edad y cursaba el cuarto grado de educación primaria en la escuela Padre Mier, ya mencionada.

El maestro Cortés Juárez era una persona muy afable, siempre sonriente y de buen humor (una sola vez lo vi enojado, cuando un muchacho grosero se había referido a él, en voz alta, en los términos por demás ofensivos de “viejo bolsa”). De corta estatura y con el vientre ya un poco contundente, el maestro era moreno, frente despejada anunciando una incipiente calvicie, con su pelo relativamente largo para aquella época, gris a pesar de su juventud (de seguro no pasaba de los 40 años). Siempre en mangas de camisa, se pasaba la hora trabajando con nosotros, que, armados de pinceles y colores, elaborábamos composiciones diversas, a veces individuales, a veces colectivas, a veces en nuestros cuadernos de dibujo y a veces en grandes pegotes armados con papel *manila*, que en alguna ocasión adquirieron las proporciones de una pintura mural.

Para casi todos, niñas y niños, la hora de educación artística era una hora de regocijo. Para algunos simplemente porque nos sacaba de la rutina de las clases más académicas, pero para la mayoría porque nos daba la oportunidad, al lado de una

persona tan sabia en esos asuntos como el maestro Cortés Juárez, de proyectarnos de una manera que las clases académicas no nos daban oportunidad: con colores, con imágenes, con figuras, con texturas, construyendo composiciones tal como nos iban saliendo de la imaginación. En matemáticas, en lenguaje, en ciencias sociales, en ciencias naturales, las preguntas lanzadas por la maestra Pepita, la maestra Suárez, la maestra Vázquez del Mercado o la maestra Cantú, tenían, por lo general, una sola respuesta, la “respuesta correcta” (aunque la maestra Cantú siempre fue más exploradora). Pero en educación artística todas las respuestas eran buenas, eran reveladoras, y con la ayuda del maestro Cortés Juárez uno podía elaborar y construir sobre ellas algo más acabado, mejor hecho, más atractivo y enriquecedor; y lo que era bueno para un alumno no era necesariamente bueno para los demás: cada quien tenía una respuesta potencialmente útil. Es evidente que el arte y el maestro Cortés Juárez constituían una formidable pareja que nos permitió no solamente imaginar, sino constatar en la práctica que en la vida hay muchos problemas que no tienen una solución única y verdadera, que hay muchas preguntas y cuestiones que no tienen una sola respuesta, y que el oráculo de la vida no nos va a ofrecer una frase incontestable y unívoca para continuar con nuestro trabajo, con nuestro camino. Y algo más, tan fundamental como lo otro: que con frecuencia es vano ponerse a buscar oráculos, pues la posible orientación, la vereda que hay que seguir, a menudo se encuentra dentro de nosotros mismos. Otra vez es claro que todas estas generalizaciones las hice más tarde, ya en plena adolescencia; pero igualmente claro es que viví ejemplos concretos de todo ello,

semana a semana, durante todo el año escolar, en las exiguas dos sesiones de educación artística, los martes y los viernes, gracias a lo que me enseñó el maestro Cortés Juárez, con quien además todo lo hicimos siempre con la misma alegría de que hizo gala la seño Ine en el jardín de niños, con lo que esto del aprendizaje placentero quedó ampliamente reforzado.

El maestro Cortés Juárez era un buen pintor y un extraordinario dibujante, sobre todo con el lápiz, además de muy destacado grabador, tanto en madera como en metal. Nació en Tepeaca, Puebla, México, y había estudiado en la Escuela Nacional de Pintura al Aire Libre en Coyoacán, ya en la Ciudad de México; se hizo corresponsal de la Escuela en Guanajuato, y fundó el Centro Cultural Ignacio Ramírez de San Miguel de Allende, también en el estado de Guanajuato. Fue maestro de la Academia de San Carlos y miembro del Taller de Gráfica Popular. Nos dejó varios libros, de los que el más importante fue *Cuatrocientos años de grabado en México*.

Abierto a todos los campos del quehacer artístico (incluso a la crítica en periódicos y revistas) y buscador de la belleza allí donde se encontraba o se podía generar, el maestro también decoraba muebles populares de madera hechos por artesanos indígenas, apoyándolos para que su trabajo tuviera mejor salida e incrementando su propio presupuesto familiar y el de los indígenas con los que trabajaba. Alguna vez lo visité en su casa y me mostró bastas pero agraciadas sillas decoradas por él con flores primitivas y candorosas palomitas. Creo que el maestro era de esas personas capaces de embellecer todo lo que tocan.

Ocho años más tarde, en 1946, a los 17 de mi edad, sufrí de un padecimiento nervioso relativamente severo que me obli-

gó a abandonar mis estudios superiores de microbiología. Los médicos fueron terminantes: psicoanálisis, inyecciones endovenosas de sales de calcio, depósito de iones de calcio en el cráneo con un aparato que me rodeaba de electrodos y alambres, dejar temporalmente los pesados estudios en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, dar caminatas todos los días, practicar la natación y, en cuanto a actividades más creativas, escoger algo más placentero y menos áspero (según ellos) que las ciencias. Como siempre dudé sobre si mi vocación iba hacia las artes o hacia las ciencias, aproveché la oportunidad para inscribirme por un año en lo que hoy es la Escuela Nacional de Pintura y Escultura y que por aquél entonces se conocía simplemente como la escuela de La Esmeralda. Me fui derecho a la clase de dibujo del natural y ¡maravilla de maravillas: el profesor era nada menos que don Erasto Cortés Juárez! Con él pasé entonces ocho meses más, dedicado al dibujo a lápiz con enorme entusiasmo por parte de ambos. Llegué a exponer un par de dibujos grandes en el Palacio de las Bellas Artes de la Ciudad de México. Pero lo más importante fue que allí, en La Esmeralda, se afirmó todo lo que había yo aprendido de él en la escuela primaria Padre Mier, y aun comencé a atisbar algo que tampoco sé si el maestro se propuso enseñarme o no: el papel terapéutico del arte.

Si seré afortunado: todo esto lo aprendí de una sola persona.

4. DON MAXIMINO MARTÍNEZ

(1888-1964)

El maestro Maximino Martínez fue un prestigiado biólogo mexicano que se especializó fundamentalmente en botánica, pero a mí me dio zoología durante mi segundo año de secundaria en 1942, cuando yo tenía 13 años de edad, en la Escuela Secundaria No. 4 de la Ciudad de México. Él era originario de la misma ciudad, en la que estudió y después fue catedrático en instituciones de segunda enseñanza, en la Escuela Nacional Preparatoria, en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional y en la Escuela Nacional de Agricultura. Colaboró también en la Dirección de Estudios Biológicos de la Universidad, y fue investigador del Instituto de Biología de la misma. En 1941 fundó la Sociedad Botánica de México, de la cual fue secretario perpetuo (puesto honorario que era de rigor en las corporaciones ilustradas de la época y que por lo general recaía en quien mejor pudiese velar por el desarrollo de la disciplina o del campo respectivo).

El maestro Chimino, como cariñosamente nos referíamos a él en su ausencia, era un hombre de vastos conocimientos biológicos. En su clase de zoología se refería a todas las especies animales como si fueran parientes cercanos o, mejor, entrañables amigos personales, a los que conocía muy bien en todos sus aspectos. Para entonces, yo ya traía el gusanito de estudiar seres vivos de tamaño minúsculo, pero en la primaria a lo más que había llegado era a estudiar dos o tres especies de

piojos. Cuando bajo la guía del maestro Chimino en el laboratorio, pude ver por primera vez protozoarios al microscopio, mi entusiasmo, mi imaginación y mi contento se fueron a los cielos: euglenas agitando sus flagelos y atravesando rápidamente el campo microscópico; esténtores sésiles y por ello de observación más fácil y gustosa, dando la impresión de que rotaban sus coronas de cilios; vorticelas contrayendo inesperadamente sus pedúnculos; amibas lentas como ellas solas, emitiendo precavidamente sus pseudópodos, lo cual permitía ver con claridad el movimiento de las inclusiones y organelos en su protoplasma. En fin, que seguramente recorrimos todas las ramas del Reino Animal, pero yo de plano me especialicé en los Protozoa. Mi vocación quedó fortalecida y mi curso de zoología con don Maximino me encaminó directamente a estudiar más tarde la carrera de Microbiología, todo ello gracias a la sensibilidad de mi maestro, quien fue capaz de percibir mis primordiales y rudimentarios intereses y orientarlos con enriquecedoras actividades experimentales.

Por importante que parezca el que un maestro contribuya de manera tan aguda y tan incisiva a la conformación de las inclinaciones, los intereses y las preferencias de sus alumnos, no fue eso lo único que nos dejó el maestro Chimino. Nos organizaba en pequeños grupos de tres o cuatro personas, cuidando discretamente que en cada grupo quedara algún alumno responsable y estudioso, y entonces nos encargaba estudiar algún asunto dentro de cada equipo; de manera natural, el estudiante más asiduo y responsable emergía como líder, y entonces el maestro le encargaba apoyar a los menos aventajados, incluso “tomándoles la lección” y repasándola con ellos.

Esto es que el maestro nos inició formalmente en lo que ahora llaman a veces “gestión del currículo en el salón de clase” y “aprendizaje horizontal”: los hechos bien establecidos de que no solamente aprendemos del profesor (verticalmente), sino de nuestros compañeros de grupo (horizontalmente), y de que el aprendizaje debe estar organizado propositivamente (debe ser gestionado), no puede dejarse al azar. Al final de la sesión el maestro reunía a todo el grupo y organizaba informes y discusiones generales.

Que yo recuerde, el maestro Chimino nunca subió al estrado ni se sentó detrás de su escritorio: de poca estatura, muy moreno, un tanto cargado de hombros, con sus gafas de finos aros a la mitad de la nariz, con mirada penetrante aunque suave y cariñosa, caminaba siempre entre los equipos aclarando dudas, contestando preguntas, ampliando algún tema, apoyándonos siempre en nuestro trabajo. De manera que el maestro Chimino no solamente nos enseñó zoología: nos enseñó a ser estudiantes autónomos e independientes, a trabajar en equipos de aprendizaje cooperativo (cuando el término ni siquiera se había utilizado en este sentido), nos indicó cómo apoyarnos mutuamente. Y con ello me enseñó también un asunto fundamental, que ya mi madre me había mencionado en casa: una persona inteligente, responsable y estudiosa tiene, por ese simple hecho, mayor compromiso social que quienes no han desarrollado todavía tales cualidades, y debe actuar en consonancia; un talento cultivado tiene la obligación de ser solidario con quienes no han tenido la fortuna de arribar a su nivel.

Con el maestro Maximino desarrollé mucho mis conocimientos sobre diferentes grupos y especies animales, pero creo

que fueron mucho más importantes los aprendizajes que me permitieron definir mi vocación, participar productivamente en grupos de estudio y de discusión, darme cuenta de la importancia de la cooperación en el aprendizaje y en el trabajo y el asumir que el talento que se tenga, poco o mucho, implica una responsabilidad social.

5. DON CARLOS PELLICER

(1899-1977)

El maestro Pellicer es, antes que nada, uno de los más grandes poetas de nuestra lengua en el siglo XX; sus libros de poesía se cuentan por decenas y su obra poética fue publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1981 en un tomo que rebasa las mil planas y que leo y releo con placer y devoción una y otra vez. Con su obra poética ocuparía el maestro su lugar en la historia, pero no se detuvo allí: su enorme cultura, que construyó no solamente leyendo sino viendo y viviendo, le permitió marcar rumbos en campos tales como el trabajo editorial, en el cual se destaca al haber participado en la fundación y edición de las revistas *Falange* en 1922 y *Contemporáneos* en 1928; o el de la museología, habiendo organizado la Casa-Museo de Frida Kahlo, el Anahuacalli de Diego Rivera y nada menos que el Museo-Parque de La Venta, en Villahermosa, actividades durante las cuales donó al país su propia colección arqueológica. Fue profesor destacadísimo de literatura y de historia universal en escuelas secundarias y de poesía moderna en la Universidad Nacional Autónoma de México. También fue funcionario público, habiendo dirigido el Departamento de Bellas Artes y hasta llegó a desempeñarse, poco antes de su muerte, como senador por el estado de Tabasco. Fue electo presidente de la Comunidad Latinoamericana de Escritores en 1965. Escribió así mismo libros sobre Simón Bolívar y José Clemente Orozco, además de bellísimos relatos de viaje.

El maestro Pellicer nació en Villahermosa, Tabasco, aunque sus estudios superiores los realizó ya en la Ciudad de México. Sin embargo, más que en las aulas, el maestro Pellicer se formó en la vida, por ejemplo como miembro del grupo de los “Contemporáneos”, al lado de poetas de la talla de Xavier Villaurrutia, José Gorostiza, Jaime Torres Bodet, Gilberto Owen y Salvador Novo, y muy cerca de la galvanizante personalidad de don José Vasconcelos, del cual fue secretario y con el cual viajó por América del Sur, Europa y el Cercano Oriente. Siendo estudiante, Carlos Pellicer ya había viajado a Italia y a Grecia, países que recorrió a pie y poniendo en cada lugar su sensibilidad de artista tanto como su perspicacia de arqueólogo aficionado. Sus clases de historia universal, que yo tomé como estudiante de tercer año en la Secundaria No. 4 de la Ciudad de México, en 1943 (a mis 14 años de edad), estaban salpicadas de apreciaciones de lo más diverso, hechas por quien había recorrido con parsimonia los lugares respectivos, estudiándolos pausadamente sin los apuros del turista que a menudo se conforma con decir que “ya estuvo allí” por haber pasado unos minutos frente a tal o cual lugar, templo, monumento, estatua o fresco.

La poesía del maestro Pellicer combinó de alguna manera sus profundas raíces mexicanas con un aliento universal, siendo a menudo cuando menos más continental que nacional. Su poesía es de este mundo, del trópico entrañable en el cual nació y vivió sus primeros años y nos habla del sol, de los ríos, de los mares y las selvas; aunque preocupado por el destino de la raza, la poesía de Pellicer no predica: canta, como toda buena poesía, y como tal nos acompaña en todo lo que hacemos en nuestras vidas.

El maestro Pellicer nunca nos dijo alguno de sus poemas en clase, pero lo que sí hizo fue llenar de luz algunos de los momentos culminantes en la historia de los seres humanos. Como en el caso de don Jacobo Dalevuelta en su curso de historia de México, no estoy muy seguro de que en el curso de don Carlos hayamos tocado todos los temas del programa durante el año escolar. De hecho tampoco estoy muy seguro de que los temas que sí vimos hayan sido recorridos de manera sistemática, cubriendo por así decirlo del pe al pa. Pero lo que sí ocurrió fue que en pleno salón de clases irrumpieron en ocasiones chorros de luz, lenguas de fuego, pinceladas geniales dadas por manos maestras, a propósito de temas como los órdenes dóricos, jónicos y corintios de los capiteles griegos al ser comparados con los capiteles de las columnas egipcias, persas, chipriotas, bizantinas, árabes, románicas, góticas y renacentistas; o la clase dedicada a Jesucristo y las virtudes tal como son presentadas en el Nuevo Testamento; o la dedicada a Simón Bolívar, según el maestro el hombre más grande que ha nacido en el Nuevo Mundo. Quizá no aprendimos mucho sobre la metodología de la investigación histórica, quizá tampoco fuimos capaces durante el curso de trazar un panorama general del desarrollo histórico de la humanidad; pero lo que sí aprendimos fue una manera iluminada, esclarecida y jubilosa de ver las cosas, fueran éstas objetos materiales, personajes históricos, hechos acontecidos en el pasado o ideas sustentadas por personas o grupos sociales, transportados todos nosotros gracias a la palabra arrebatada, pero dominada por su oficio de poeta, del maestro Pellicer. Aprendimos, pues, que el discurso se puede convertir en imagen y el razonamiento en

emoción, y que la afectividad y la pasión son también formas del conocimiento, lo que a nuestra edad no fue poca cosa.

En contra de lo que pudiera pensarse, el maestro Pellicer nunca fue solemne, ni dentro ni fuera de clase. Durante las discusiones dentro del salón incluso llegó a arrojar contra nosotros, sonrisa en boca, tizas y borradores, como esperando que nosotros se los devolviésemos de la misma manera, cosa que por supuesto nunca hicimos. A menudo hacía gala de su vocabulario tabasqueño, diciendo a diestra y siniestra, dentro y fuera de la clase, malas palabras que otros profesores nunca se hubieran atrevido a pronunciar, al menos en nuestra presencia; a propósito de ello no olvidemos que durante algunos años, a partir de 1942, la educación secundaria se impartió separadamente en planteles para mujeres o para varones. La Secundaria No. 4 era una escuela para varones, a menudo mal hablados. Y esto de las malas palabras lo hacía el maestro incluso por escrito, cuando escribía coloquialmente; recuérdese la carta dirigida por el poeta a Mario Pani, en 1927, desde Florencia, en la que habla de su visita al templo de San Vitale, en Ravena, y en la que se refiere a Teodora y a Justiniano, figuras centrales en los celebérrimos mosaicos (“Ella es putísima y más linda que ver el cielo en los trópicos. Él es un pinche notario público metido a emperador...”). Por lo demás, fuera de la clase el maestro Pellicer conversaba afablemente con nosotros en pasillos y corredores, e incluso fuera de la escuela.

Al aproximarse el fin de cursos (en aquellas épocas al principiar el mes de diciembre), el maestro invitó a un grupo de sus alumnos a visitar el nacimiento que año con año ponía

en su casa, en el número 779 de la calle de Sierra Nevada, y para el cual durante toda su vida había coleccionado objetos de lo más diverso, además de las estatuillas que encargaba *ex profeso* a un artesano y de sus propios hallazgos de piedras, pastos, musgos y ramas en los paseos que siempre gustaba de hacer. Dedicaba a este despliegue escenográfico toda la cochera de su casa, e incluía un efecto luminoso muy especial, un amanecer muy cuidadosamente construido, en el que algo había del eterno retorno de la luz, de la muerte y vuelta a nacer del sol que ocurre cada solsticio de invierno, asunto incorporado como fiesta de renovación en diversos cultos religiosos de Egipto, de Grecia y de Roma, y que no en balde fue escogido por los Apóstoles como fecha aproximada del nacimiento de Jesús, la Luz del Mundo. Había también una grabación musical y todo terminaba con una narración, en verso, leída por el propio maestro y que él escribía a propósito cada año. Como nos sucedió con sus clases, todos salimos alucinados de la visita al Nacimiento del maestro Pellicer, incluyendo a los que nunca fuimos creyentes. Caminando rumbo a la parada del autobús, en una noche del final del otoño en la que el cielo estaba cuajado de luces, seguían resonando las palabras del maestro: “Señoras y señores, hablad silencio, que aquí están las estrellas y los luceros...”

6. DON JULIO TORRI

(1889-1970)

El maestro Torri nació en Saltillo, Coahuila, habiendo cursado sus estudios de educación primaria en el Colegio Torreón y los de educación media en el famosísimo Ateneo Fuente. Ya en la Ciudad de México a partir de 1908, hizo sus estudios de leyes en la Universidad Nacional. Cuando contaba apenas con 21 años de edad, formó parte del Ateneo de la Juventud (1910-1914), agrupación organizada a partir de la Sociedad de Conferencias (1907-1909) por pensadores del calibre de Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro y Max Henríquez Ureña, Carlos González Peña, José Vasconcelos y otros. Fundó y dirigió el Departamento de Bibliotecas de la Universidad Nacional, para después encargarse del Departamento Editorial de la misma, habiéndose doctorado en letras en 1933. Nada menos que durante 36 años fue profesor de literatura española y de literatura francesa en la Escuela Nacional Preparatoria, y por un lapso similar se desempeñó como catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras de la propia Universidad.

El maestro Torri fue un agudísimo y muy fino prosista, y hablaba con la penetración, la perspicacia, el refinamiento y la pulcritud con que escribía. Nunca habló ni escribió de más, y hasta podría decirse que su palabra, dicha o escrita, pecó más bien de concisa, de escueta. Autocrítico feroz, dio a la luz un reducido número de obras (*Ensayos y poemas, Sentencias y lugares comunes, De fusilamientos, Prosas dispersas, y su Literatura*

española, la más difundida de todas), aunque también publicó cuentos, artículos y críticas literarias en diversos periódicos.

Fui alumno del maestro Torri en 1943, el mismo año en que fueron mis maestros don Carlos Pellicer y don Jacobo Dalevuelta, esto es cuando contaba yo con 14 años de edad apenas. El curso fue el de literatura española e hispano americana de tercer año en la Escuela Secundaria No. 4 de la Ciudad de México. Puntual y meticulado, con el maestro Torri recorrimos un itinerario que incluyó algunas de las obras más destacadas de la literatura de nuestra lengua tocando de refilón, cuando fue menester, obras maestras de la literatura universal. Leíamos por encargo del maestro en bibliotecas y en nuestros hogares, y seguíamos leyendo en clase, para después proceder a un breve pero incisivo análisis de nuestras lecturas, por supuesto estimulado y dirigido por catedrático tan distinguido. Sin embargo, aunque hicimos a grandes trazos una cierta trayectoria de los devenires de la literatura española y latinoamericana, para mí el énfasis fue siempre puesto en el placer de la lectura, en el gozo que podíamos extraer de términos, frases y oraciones, en el deleite y el contento que nos proporcionan poemas y narraciones no solamente por lo que dicen, sino por cómo lo dicen. Nunca olvidaré la primera lectura de textos a los que he vuelto una y otra vez, trátase de los viejos romances anónimos (el de Abenámar, el de Blanca-Niña, el del Conde Arnaldós, el de Doña Alda) o de las obras del Marqués de Santillana (*Moça tan fermosa non vi en la frontera...*), de don Jorge Manrique (*...allegados son iguales los que viven por sus manos y los ricos...*), de Garcilaso (*¡Oh, más dura que mármol a mis quejas y al encendido fuego en que me quemo,*

más helada que nieve, Galatea!), de fray Luis de León (¡Qué descansada vida la del que huye del mundanal ruido, y sigue la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido!), del mexicano Miguel de Guevara, aunque su famosísimo soneto era reputado en aquella época como anónimo o atribuido a San Ignacio de Loyola, a San Francisco Javier o incluso a Santa Teresa de Jesús (No me mueve, mi Dios, para quererte el cielo que me tienes prometido...), de Lope (A mis soledades voy, de mis soledades vengo, porque para andar conmigo me bastan mis pensamientos...), de Góngora (Ande yo caliente, y ríase la gente...), de Quevedo (No he de callar, por más que con el dedo, ya tocando la boca, o ya la frente, me representes o silencio o miedo. ¿No ha de haber un espíritu valiente?), o de nuestra Sor Juana (Este que ves, engaño colorido, que, del arte ostentando los primores, con falsos silogismos de colores es cauteloso engaño del sentido...). Lugar muy especial, por supuesto, ocupó el *Quijote*, al igual que el teatro del propio Lope o de Calderón de la Barca. Y hasta el día de hoy se me enturbia la vista cada vez que vienen a mi mente los versos con los que comienza el mutilado manuscrito de Per Abbat en el que se recoge el Cantar de Mio Cid: “...de los sos ojos tan fuertemiente llorando, tornava la cabeça i estávalos catando...”.

En casa hubo siempre muchos libros, pero con el maestro Torri se consolidó en mí la lectura como actividad feliz y deleitosa; quizá no recuerde yo ahora los términos para calificar los diversos estilos y tendencias literarias de nuestro continente o de la Madre Patria, pero el estado de alerta estético con el que emprendo cada lectura, incluso las lecturas científicas

ficas o técnicas, indudablemente que se lo debo en gran parte al curso de don Julio Torri.

El maestro Torri era, cuando menos en apariencia y en el trato con sus alumnos, hombre sencillo. A pesar de su sabiduría y de su erudición (que son dos cosas distintas: el erudito sabe y dice, el sabio distingue, decide y escoge bien), nunca hubo en él pose ni pretensión, incluso llegaba siempre a la escuela montado en su bicicleta, en sus pantalones de tela corriente color kaki. Su palabra, consistentemente precisa e incisiva, fue pronunciada siempre con delicadeza, yo diría que hasta con ternura. Y no solamente nos educó con lo que nos decía, nos formó hasta con la mirada: nunca olvidaré el reconocimiento con el que me miró don Julio en clase cuando terminé de leer con cierto decoro un fragmento de Shakespeare, en español, por supuesto, y luego cuando constató que podía yo escribir sin falta el nombre completo del Cisne de Avon.

7. DON JACOBO DALEVUELTA

(1887-1953)

Su nombre era Fernando Ramírez de Aguilar, pero firmó sus escritos como Jacobo Dalevuelta durante casi toda su vida y así lo conocíamos en la Secundaria No. 4, en donde fui su alumno de tercer año en su curso de historia de México en 1943.

El maestro Jacobo Dalevuelta nació en Oaxaca y murió en la Ciudad de México. Fue escritor y periodista, corresponsal durante la Revolución en algunos periódicos y más tarde colaborador regular de *El Universal*. Recogió historias, leyendas y tradiciones de su estado natal en diversos libros de narraciones (*La Pilita, Pinopia diosa de piedra, ¡La vida canta!*) y obras de teatro (*La toma, El canto de la victoria, El labarillo*). Sus crónicas aparecieron en siete volúmenes más (*Las fiestas guadalupanas y otras crónicas, Oaxaca: de sus historias y sus leyendas, Desde el tren amarillo: crónicas de guerra, Supersticiones de antaño y bogaño en algunas regiones de Oaxaca, Estampas de México, Monte Albán: mosaico oaxaqueño y Cariño a Oaxaca*).

De baja estatura, no muy arreglado, gran calva, bigote más que tupido, pelo largo e hirsuto y casi nunca bien peinado, el maestro Dalevuelta era un hombre inquieto, casi hiperactivo, moviéndose por todos lados en el salón de clases, subiendo y bajando la voz de manera más que perceptible y haciendo frecuentes aspavientos con manos y brazos. Ponía gran pasión en todo lo que nos decía y, si bien no recuerdo que el programa del curso se siguiera con puntualidad, en

cambio sí supo impartir efusión, arrebató y gran convicción a los puntos culminantes del mismo. Para mí fue evidente que don Jacobo era un sobreviviente de enorme vitalidad de los tiempos en que participaron en la política mexicana gentes que estaban convencidas de los deberes que impone el destino de un país a sus habitantes, y sobre todo a sus dirigentes y a quienes aspiran a serlo, así como del decoro, la solidaridad y la devoción que debemos a los explotados de nuestra patria, de nuestro continente y del mundo. Claro que en el México de la Revolución y de los años 20 también abundaron quienes no vieron más allá que sus intereses personales corruptos y ruines, aunque los de otra ralea porfiriana, los administradores neoliberales, los que tratan de dirigir al país o a su secretaría de Estado como si fueran empresas compitiendo en el mercado, esos volvieron a surgir hasta épocas más recientes con los gobiernos reaccionarios que padecemos desde hace ya muchos sexenios.

El maestro Dalevuelta era una especie de provocador que nos estimulaba para no conformarnos con una primera aproximación, con una interpretación inicial o preliminar, aunque ponía tal entusiasmo en lo que decía, que en ocasiones no medía bien el alcance de sus palabras. Recuerdo muy bien que en medio de una arenga elogiando algunos de los actos más patrióticos del presidente Cárdenas en los años 30, uno de mis compañeros, de buena familia y por lo general muy comedido y arregladito, tosió como para hacer ver que el maestro se extendía ya demasiado en sus enaltecimientos. Don Jacobo espetó de inmediato en voz alta como para que lo oyeran todos: “de esa tos murió mi perro...”

Mucho aprendí del maestro Dalevuelta: la pasión que ponía en todo, confirmando mis propias convicciones en el sentido de que para que lo cognitivo florezca, tiene que contar con un precedente afectivo de fuste; el que la historia es una cosa viva y con presencia, aunque estemos explorando nuestro pasado prehispánico o la odisea juarista; la necesidad de contar con suficientes evidencias documentales y materiales y con las argumentaciones respectivas para establecer, aún tentativamente, un hecho histórico; y la necesidad de creer con vehemencia en aquello que pensamos, decimos y hacemos. Es claro que los razonamientos del maestro Dalevuelta eran convincentes, pero a mí lo primero que me ganó fue él como persona, y por eso aprendí tanto en su clase, por eso pude crecer como ser humano con mis escasos 14 años a cuestas. Fue escuchando al maestro que me dije por primera vez: uno actúa como lo hace no solamente apoyado en lo que uno sabe, sino con base en lo que uno cree.

8. DON FRANCISCO LÓPEZ BAYGHÉN

(1911-1987)

El maestro Bayghén, como todos le llamábamos en la Escuela Vocacional No. 4 del Instituto Politécnico Nacional, en la que impartía la cátedra de psicología, era una personalidad complejísima. Y bueno, ¡quién no lo es! Tuve la ventura de ser su alumno en 1944, cuando contaba yo con 15 años de edad, y me impresionó desde el momento mismo en que entré a su clase por primera vez. Al frente del grupo, allí estaba un hombre de edad mediana, quizás unos 35 años de edad, de estatura más bien corta que larga, vestido formalmente de traje gris de tres piezas y zapatos negros bien lustrados como se usaba en ese tiempo entre los profesores de bachillerato para arriba, con su cara morena de piel muy maltratada por numerosas verrugas y por lo que de seguro eran huellas y cicatrices de antiguos y pertinaces acnés, su pelo negro de amplias ondas peinado de manera elaborada y cuidadosa cubriendo su incipiente calva, sus gruesos lentes con pesados aros de plástico tan negro como el pelo, y detrás de ellos sus saltones ojos de sapo que se proyectaban tanto de sus órbitas que parecían chocar contra el cristal de los anteojos. Y eso en cuanto a su aspecto físico, que tal vez él mismo consideraba un tanto ridículo y grotesco, porque las complejidades continuaban casi de manera natural con todos los manierismos de gesto, de ademán y de lenguaje de los que hacía gala constantemente para impartir ribetes de interés y supuesta originalidad a su persona.

Casi siempre iniciaba sus clases con el consagrado “Decíamos ayer...” de fray Luis de León (como buen normalista, por lo general comenzaba sus clases haciendo un resumen de lo visto en la clase previa), que a veces sustituía por “El día anterior...”; también era afecto a decir, al escuchar la intervención de algún alumno, “Si mal no comprendo, o comprendo mal...”. A la mitad de cualquiera de sus alocuciones se nos quedaba mirando con los ojos penetrantes, nos lanzaba preguntas de lo más diverso y con gran impaciencia nos decía después de uno o dos segundos de espera: “En clase yo quiero sujetos pensantes, señor...”. Se paseaba frente a nosotros con lento y estudiado paso desplegando tradicionales ademanes muy del teatro clásico español, con el índice y el pulgar desplegados y el cordial, el anular y el meñique doblados contra la palma de la mano, o bien con los dos primeros formando un rectángulo y los otros tres extendidos. Su discurso también era siempre histriónico, utilizando una diversidad muy rica de tonos, inflexiones de la voz, variaciones de volumen y silencios y pausas verdaderamente dramáticos que le daban un ritmo singular a su decir y a nosotros nos llenaban de expectativas sobre lo que venía. “Aquí tenemos un motor...” decía trazando en la pizarra una elipse con tres rayas verticales dentro, “...en movimiento...” y le agregaba una raya inclinada que la penetraba por un costado (¿qué tenía eso que ver con un motor? Nunca lo supimos). Como tantos actores de teatro, el maestro Bayghén lanzaba al hablar gotas de saliva a diestra y siniestra, y sus alumnos tratábamos siempre de sentarnos a prudente distancia de él, jamás en primera línea; esa quedaba reservada para quienes llegaban tarde a clase.

El maestro Bayghén había nacido y murió en la Ciudad de México. Estudió en la Escuela Nacional de Maestros y después en la Escuela Normal Superior, en la que se graduó como profesor de biología. En 1936 estuvo a cargo, durante siete meses y a los 25 años de su edad, de la Misión Cultural No. 4 en el interior del estado de Sinaloa, México, cuya responsabilidad era la de desarrollar profesionalmente a los maestros de educación primaria de los municipios en los que trabajó; hombre estudioso, responsable, capaz y convencido de lo que estaba haciendo, se convirtió en un líder muy dinámico que en mucho contribuyó a la educación de maestros, campesinos y trabajadores con los que entró en contacto, encargándose de propagar los contenidos y las metodologías de la educación socialista promovida por el Gobierno de la República. Más tarde realizó estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Se desempeñó como profesor de psicología en la Escuela Vocacional No. 4 del Instituto Politécnico Nacional a partir de 1941 y como profesor de zoología en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del propio Instituto pocos años después y hasta 1971, en que se jubiló.

El maestro desarrollaba siempre buenas relaciones con sus alumnos, tanto dentro como fuera del aula. Conversábamos mucho, uno a uno o en pequeños grupos, caminando por pasillos y corredores; él siempre al mando, nos tomaba el brazo con su mano y nos hacía caminar a su propio ritmo, jalándonos o empujándonos muy firmemente, tal como fuera menester. Nos invitaba a tomar el café a su casa, un departamento bastante humilde en un barrio de clase trabajadora

vecino al mío en el que vivía con su esposa, también profesora, y con su hijo; y aceptaba invitaciones nuestras para hacer lo propio en nuestros hogares. En ambos casos, sosteníamos conversaciones entretenidas y a menudo iluminadoras, en las que nos dejaba aportar opiniones y experiencias propias.

Aprendí muchas cosas del maestro Bayghén. Por una parte, excepto un par de lecturas de Freud hechas a mis 14 años (*La interpretación de los sueños* y *Psicopatología de la vida cotidiana*), su curso fue para mí el primer contacto comprensivo y sistemático con la psicología, de manera que ya podrá el lector imaginar el mundo en el que desembarqué. Así y todo, creo que hubo cosas más importantes y duraderas.

Una de ellas fue el darme cuenta de que todas las presentaciones, todas las clases del maestro, tenían una estructura. No se trataba de una construcción rígida, pues siempre daba entrada a las aportaciones de los estudiantes y a nuevas ideas que a él mismo se le ocurrían. Pero como buen normalista (egresado de la Escuela Nacional de Maestros de la Ciudad de México), comenzaba resumiendo las conclusiones más importantes de la sesión anterior, que relacionaba con el tema a desarrollar en la nueva clase. Glosado éste, lo destacaba y desarrollaba sus puntos más salientes, desde sus fundamentos teóricos hasta sus consecuencias prácticas, haciendo uso de numerosos ejemplos e invitando a los alumnos a hacer lo propio; procedía después a relacionar lo expuesto con la vida diaria de todos nosotros, quienes éramos invitados a narrar experiencias personales; el maestro también aportaba sucedidos que había protagonizado o de los que había sido testigo, hacía numerosas preguntas a sus estudiantes en el transcurso de la

hora asignada y discutía todo con nosotros; terminaba apuntando a las conclusiones y haciendo un resumen de lo que se había visto. Clase a clase se fue afirmando en mí la convicción de que las formas de expresión discursivas no tienen por qué ser lineales, y que de hecho la linealidad es la forma más desordenada y poco eficaz de acomodar lo que se tiene que decir. Así que el discurso hablado (y el escrito también, claro) no tenía solamente un principio y un fin, no era suficiente con darle una direccionalidad: además debía tener una buena estructura, siendo obligada en la misma la relación que se estableciese con la vida cotidiana. Asunto importante de aprender, éste de la estructura, y que no se enseña bien ni en las clases de lengua.

Otra cosa que aprendí del maestro fue a buscar de manera menos ortodoxa y más inquisitiva las lecturas para iluminar un tema. Él no nos dejaba conformarnos con la lectura de obras cuyo título mencionaba directamente el asunto que nos interesaba. Claro que había que consultar índices analíticos, enciclopedias y bibliografías, pero todavía me emociona el recuerdo de aquella ocasión en la que gracias a sus orientaciones concluimos que, para tener una mejor perspectiva sobre el proceso de aprendizaje, deberíamos estudiar y elaborar un ensayo sobre el capítulo “Vida noble y vida vulgar” del libro *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset, experiencia que fue enriquecedora en extremo (y no necesariamente por estar de acuerdo con todo lo que Ortega decía, claro que no). Desde entonces me hice un lector aparentemente más desordenado, pero más explorador. Y el explorador pertinaz siempre descubre.

Y termino con otra de las muchas cosas que aprendí del maestro Bayghén: su humildad al reconocer que el mejor

profesor puede aprender del más obscuro de sus alumnos. El maestro desplegaba arrogancia, qué duda cabe, pero también sabía ser afable y sencillo. Y gracias a ello pasamos veladas inolvidables escuchando grabaciones musicales, en los viejos discos de baquelita de 48 revoluciones por minuto, con obras principalmente de “las tres B” (Bach, Beethoven y Brahms), afición que yo venía cultivando en el hogar desde mi infancia y asunto en el que él era neófito. La última vez que vi al maestro, años después de haber sido su alumno, fue en un seminario sobre dirección de orquesta sinfónica impartido nada menos que por el internacionalmente famoso director y compositor ruso Igor Markevich, al que él me invitó como miembro de un seminario y al que ambos asistimos. Los viejos discos de baquelita habían cumplido con su encomienda: maestro y alumno habíamos aprendido el uno del otro.

9. DON LASZLO RADVANYI

El maestro Laszlo Radavanyi nació en Budapest, Hungría, en 1900. Hizo sus estudios en economía y sociología en las universidades de Budapest, Viena y Heidelberg, doctorándose en filosofía en ésta última. Fue profesor y director de diversas instituciones académicas en Berlín entre 1926 y 1933, pero tuvo que refugiarse en Francia cuando los nazis tomaron el poder en Alemania e invadieron progresivamente los países europeos del Este (el maestro Radvanyi era húngaro, militante comunista y de origen judío, razón cualquiera de ellas suficiente para ser aprehendido y asesinado por las hordas de Hitler). Se refugió en Francia y residió en París a partir de 1933, en donde por seis años fue director de la Universidad de Catedráticos en el Exilio, así como presidente de la Asociación de Profesores Universitarios Refugiados en Francia. Casado con la escritora Netti Reiling, después mundialmente conocida como novelista con el pseudónimo de Anna Seghers (autora de muchos libros, entre ellos *La séptima cruz*, que fue llevada al cine en los Estados Unidos en 1944, dirigida por Fred Zinemann y con Spencer Tracy en el papel estelar). Cuando Alemania invade Francia en 1940, la familia Radvanyi, con sus hijos Pierre y Ruth, es internada en un campo de concentración francés en Le Vernet; estaban por ser entregados a los alemanes cuando por instrucciones del presidente Cárdenas y la intervención de don Gilberto Bosques, el

grupo de prisioneros de los que formaban parte fue protegido por el Gobierno de México y trasladado a nuestro país en 1941, en donde permanecieron hasta el final de la guerra, Anna hasta 1947 y el maestro Radvanyi hasta 1952. A partir de entonces, ambos vivieron hasta el final de sus días en la República Democrática Alemana.

En México el maestro Radvanyi tuvo una vida profesional, académica y social muy intensa. Fundó y coordinó un importante Seminario de Planeación Económica, fue profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la Universidad Obrera de México. Cultivó la amistad de Vicente Lombardo Toledano, Diego Rivera y Xavier Guerrero, así como de otros exilados políticos del momento como el poeta chileno Pablo Neruda y el escritor brasileño Jorge Amado. El maestro siempre se expresó con enorme gratitud de nuestro país; decía una y otra vez que México no solamente le había salvado la vida a él y a los suyos, sino que les había proporcionado un nuevo hogar y le había dado a él la oportunidad de continuar y enriquecer sus trabajos académicos. “Nunca olvidaré lo que debo a México”, decía en clase.

Yo tuve el privilegio de ser alumno del maestro Radvanyi en su curso de marxismo en la Universidad Obrera de México, en 1945, cuando contaba yo con 16 años de edad, junto con algunos compañeros de la Juventud Comunista. Él era una personalidad muy atractiva, siempre serio, aunque no adusto, con su frente despejada y sus cabellos relativamente largos, las sienes ya grises, mentón poderoso, mirada penetrante y anteojos de carey de aros circulares. Pero lo que más impactaba de su personalidad era su razonamiento, lo que

decía, siempre preciso, siempre incisivo, siempre sólidamente estructurado.

¿Qué aprendí yo del maestro Radvanyi? En primer lugar, por supuesto, marxismo. Pero, como de costumbre, no es el contenido del curso lo único que se aprende, y el curso del maestro, a pesar de la trascendencia, la relevancia y la enorme perspectiva de lo que se enseñaba propositivamente, no fue la excepción.

Del maestro, quien era realmente una mente privilegiada, aprendí que era posible tratar las nociones y conceptos más complejos echando mano de recursos provenientes de las más diversas disciplinas y campos (filosofía, economía, sociología, política, psicología) sin perder un ápice de precisión, de claridad y de profundidad y perspicacia. Y esto era muy notable porque el maestro Radvanyi, que ya hablaba cuatro o cinco idiomas al llegar a nuestro país, acababa de aprender español hacía apenas unos años. También fue siempre notable la organización de su discurso (eran todavía los tiempos de la clase conferencia, y era la ocasión para recurrir a ella, pues sus grupos eran muy numerosos), tanto en el sentido de la direccionalidad (sus clases siempre tuvieron un principio, un desarrollo y un final, ya estuvieran organizadas alrededor de un modelo hipotético-deductivo o de un modelo inductivo) como en el de la estructuración conceptual: verdaderos edificios de ideas en los que al final todo quedaba en su lugar.

El maestro ocupaba siempre su estrado, a la manera tradicional. Y ni siquiera se ponía de pie para exponer. Nunca lo vi usar notas. Pero todo lo que decía era tan claro, tan preciso, tan relevante, tan oportuno, con una secuencia tan lógica y tan

rigurosa y una estructura tan poderosa, que para todos era evidente que la actividad de la clase no consistía en ir de aquí para allá, en dar la palabra a unos o a otros, en escribir o no en el pizarrón, sino que era la actividad de las ideas, de los conceptos, de las cuestiones que se estaban tratando; era la actividad de nuestra mente tratando de construir un edificio bien hecho.

10. DON FEDERICO BONET MARCO

(1906-1981)

El maestro Bonet nació en Madrid, en el seno de una familia liberal de clase media. Hizo en la capital española sus estudios básicos y se licenció en ciencias naturales en 1927, doctorándose tanto en éstas disciplinas como en medicina en 1930, estudios que hizo simultáneamente desde que ingresó a la Universidad. Recibió una fuerte formación entomológica en el Laboratorio de Genética Experimental fundado en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, en donde fue pupilo de don Ignacio Bolívar y Urrutia y de don Cándido Bolívar y Pieltain. Apenas graduado, el maestro Bonet fue escalando puestos, como profesor y como funcionario académico, en las disciplinas e instituciones que más le interesaban (zoología, entomología, geología, botánica, en fin, dirigiendo incluso el Instituto Antonio de Nebrija, de segunda enseñanza, lo que habla de su interés por los problemas de la enseñanza y del aprendizaje), y viajando dentro de España, así como a Marruecos y a Guinea. En 1934 ingresa al Partido Comunista Español.

Apenas se inicia el levantamiento de los nacionalistas al mando del traidor Francisco Franco, el 17 de julio de 1936, que desembarcaron en Cádiz dos días más tarde, el maestro Bonet se incorpora a las filas del ejército legítimo de la República, poniéndose a las órdenes de Vicente Rojo y participando en muy diferentes campañas y frentes de 1936 a 1939 (Guadarrama, Defensa de Madrid, Batalla del Ebro, Ciudad Universita-

ria, Casa de Velázquez, El Escorial, Brunete, etc.). El final de la guerra le sorprendió en Barcelona, desde donde pasó a Francia, habiendo estado preso en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer. De allí salió para México, a donde llegó en julio de 1939, en el famoso barco *Sinaia*.

Participó como profesor tanto en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México como en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, quedándose a trabajar en ésta como profesor de tiempo completo y fundando el Departamento de Zoología. A partir de 1950 comparte sus responsabilidades con el Instituto Mexicano del Petróleo, donde hace trabajos de investigación aplicada para Petróleos Mexicanos.

11. DON JUAN DE OYARZÁBAL

(1913-1977)

El maestro de Oyarzábal nació en la ciudad de Málaga y pasó su infancia y su juventud en España. Fue marino de guerra, incorporándose a la flota republicana en su lucha contra los nacionalistas del más tarde dictador Francisco Franco. En 1939 fue hecho prisionero y enviado a los campos de concentración franceses en el Sahara, en donde estuvo recluso durante tres meses. Una tía suya, embajadora de España en Suecia, consiguió su libertad y su exilio, con lo que pudo llegar a México en el mismo agitado año en que fue hecho prisionero. Se nacionalizó mexicano en 1941 y decidió hacer estudios superiores en nuestra patria. Como carecía de toda documentación escolar y académica, y el conseguirla estaba fuera de toda posibilidad, tuvo que presentar toda la secundaria y la preparatoria en exámenes a título de suficiencia, con frecuencia al lado de estudiantes en edad escolar, provenientes de diversos planteles, que habían reprobado sus exámenes en varias ocasiones. Para entonces don Juan estaba por cumplir 28 años de edad. Cuando fui su alumno, cinco o seis años más tarde, el maestro nos contaba con mucha gracia cómo, al encontrarse por tercera vez con un reprobador empedernido en uno de tales exámenes, el chico le había dicho con una mezcla de sorpresa y socarronería: “Pero no me diga que también lo *volaron* en ésta.”

El maestro de Oyarzábal terminó su carrera de físico en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autóno-

ma de México y comenzó a trabajar como ayudante de investigación de don Manuel Sandoval Vallarta y como catedrático en la propia Facultad y en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, en la que fui su alumno en el curso de Física de primer año de profesional en 1947. Además de físico muy prestigiado y catedrático brillante, don Juan también escribió poesía y cultivó el idioma internacional esperanto, habiendo ganado premios internacionales por sus poemas escritos en dicha lengua.

Lo primero que atraía en el maestro era indudablemente su personalidad, incluyendo su apariencia física. Alto, rubio, de ojos azules, muy bien parecido (mis compañeras de generación le decían “el Gary Cooper”), con un acento mezcla de español castizo con argentino porteño que no sé dónde había adquirido, de hablar pausado y modales mesurados y elegantes, invariablemente amable y receptivo, todos estábamos convencidos de que en cualquier momento podríamos recurrir al maestro de Oyarzábal con nuestros apremios. Por lo demás, hombre muy inteligente y estudioso, sus explicaciones eran siempre claras, precisas y amenas, tanto en clase como fuera de ella.

El maestro de Oyarzábal siempre fue capaz de estructurar sus presentaciones alrededor de los conceptos fundamentales de la física, de manera que cada clase era un edificio ordenado compuesto con proporción y armonía. Su decir nunca se redujo a una simple sucesión o amontonamiento de hechos, cifras, nociones, principios y leyes: todo lo sabía acomodar con método y con regla, de manera que su disciplina, la física, siempre fue presentada como algo orgánico, como un sistema de conocimiento, no como una

acumulación de asuntos varios. Cuando se discutían nociones y visiones que mostraban inconsistencias unas con otras en el estado de avance del conocimiento en que nos encontrábamos, por ejemplo entre la mecánica newtoniana y la mecánica cuántica, así lo dejaba planteado don Juan con claridad. Formado por investigadores, el maestro de Oyarzábal siempre presentó en clase no solamente el punto de vista de quien sabe, sino el de quien está trabajando para saber más, con lo que combinaba muy felizmente el conocimiento aceptado con las maneras de adquirir y establecer nuevos saberes. En alguna ocasión un estudiante preguntaba si con esa clase terminábamos con el conocimiento referido al tema en cuestión. El maestro contestó con una frase aparentemente muy sencilla, pero que a mí me marcó para toda la vida. Don Juan dijo: “Siempre hay algo más”. Desde entonces miro con desconfianza a quien afirma que ya lo vio todo, que ya agotó un tema o que se niega a volver a un sitio, volver a leer un libro, volver a ver un cuadro.

Cuando en 1971 se me encomendó la formación y coordinación de un grupo de científicos y educadores que tendrían a su cargo elaborar los nuevos libros de texto gratuitos de Ciencias Naturales para la Secretaría de Educación Pública de nuestro país, el primer hombre de ciencia al que me dirigí para invitarlo fue justamente el maestro don Juan de Oyarzábal.

BRISTOL, INGLATERRA, 10 DE AGOSTO DE 2008

BREVE SEMBLANZA DE JUAN MANUEL GUTIÉRREZ-VÁZQUEZ

(1928-2008)

JUAN CRISTIÁN Y LUCRECIA GUTIÉRREZ MAUPOMÉ

Nacido en la ciudad de México el 7 de noviembre de 1928, justo en las vísperas de la gran depresión, en el seno de una familia contradictoria, Juan Manuel era nieto del Dr. Gutiérrez-Zavala, ginecólogo de las damas de la aristocracia porfiriana, y del Lic. Emilio Vázquez-Gómez, revolucionario maderista. La vertiente progresista dominó siempre su pensamiento, forjado en la educación pública mexicana, marcado por las políticas del general Lázaro Cárdenas y templado por la época de gloria del Instituto Politécnico Nacional. Como gustaba remarcar, sus grandes pasiones, la biología, la pintura y la música, se despertaron desde muy temprano en su vida. De su vida profesional da cuenta el breve currículum, escrito por él mismo en noviembre de 2006, y que se anexa al final de este texto.

Dotado de una personalidad fuerte, una voz potente y una notable firmeza de convicciones, le bastaba entrar en una habitación para dominar por completo el espacio y sus encuentros, cualidad que se reflejaba en su actividad como maestro y conferencista, así como en los duros momentos de su quehacer público. Recordamos bien cuando en una ocasión, ante un auditorio abarrotado en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, sostuvo la atención de varios cientos de alumnos y profesores durante más de tres horas, hasta que, en un momento dado, detuvo su constante deambular por el escenario, y el torrente de sus palabras, y detuvo su conferencia. Una de las profesoras asistentes resumió bien el sentir del auditorio al decir, "hombre, Juan Manuel, te hubieras seguido, con gusto te escuchábamos otras tres horas".

Su pensamiento de izquierdas, el compromiso para con el país aprendido bajo la égira cardenista, y su deseo de incidir, de manera profunda, en la mejoría de la vida de la gente y en especial, de la educación y la enseñanza, lo llevaron en más de una ocasión a ser perseguido político, como en los aciagos días del movimiento estudiantil de 1968, cuando supo tomar partido por los estudiantes, lo que le obligó a permanecer escondido en los meses más duros de la represión, tras la entrada del Ejército al Politécnico. Años más tarde, en los tiempos de la reforma educativa, su defensa de la incorporación de la educación sexual a los libros de texto gratuitos de la SEP, hizo que, en alguna ocasión, hubiera de ser salvado del linchamiento -literalmente- a manos de los grupos más retrógrados de la sociedad mexicana. En ocasiones contaba la anécdota, rematando con el relato del helicóptero enviado por el Gobierno, al abordar el cual logró salvar la vida.

Su quehacer profesional lo llevó a incidir en los procesos de enseñanza de las ciencias en muchos países, especialmente en lo que alguna vez se llamó el Tercer Mundo. Viajero incansable, desplegaba sus saberes igual en Karachi que en Estocolmo, en Tzurumútaru, Moscú o Gracias a Dios, Mendoza o Sahuayo. En esos lances, ponía especial énfasis en trabajar en pequeñas comunidades rurales, directamente con los maestros que enfrentan a diario el salón de clases en las condiciones más adversas. En sus periplos entre Bristol, Inglaterra y la zona rural cercana a San Pedro Sula, en Honduras, solía pasar por México. Hay por ahí alguna foto suya impartiendo clases en medio de la selva hondureña, ante un grupo de niños de mirada atenta y despierta, en los años en que ya lo aquejaba el cáncer que habría de acabar con su vida.

Pero dos anécdotas retratan lo que quizá fueran sus mayores cualidades. Siendo nosotros muy niños, en la azotea de la casa de

nuestros abuelos, donde conservaba su viejo laboratorio de tiempos de estudiante, nos juntó, a hijos y sobrinos para enseñarnos algo de anatomía animal. De pie ante nosotros, muy emocionado, adormeció con formol a un pequeño conejo y procedió a mostrarnos sus entrañas. La imagen del corazón palpitante y los pulmones del animalillo ha permanecido en nuestras mentes toda la vida.

Años más tarde, cuando daba el curso de biología en la secundaria a la cual asistimos nosotros como alumnos (una de las muchas escuelas que ayudó a formar a lo largo de su vida), mientras nosotros mirábamos en el microscopio, él dibujaba en el pizarrón los distintos microorganismos que estábamos estudiando, con sus dibujos de una calidad excepcional, tanto que a veces era más fácil saber de qué hablaba por sus dibujos que por la difusa imagen que obteníamos del que fuera su instrumento favorito. Entonces, explicando los secretos de su ciencia, refiriéndose siempre a cosas del arte y la vida de la gente, cuando lograba combinar la microbiología, la música, la pintura y la enseñanza, en un solo momento, era cuando sus ojos brillaban con mayor intensidad y cuando su rostro, viejo conocido nuestro de toda la vida, resplandecía con mayor fuerza.

RESUMEN DEL CURRÍCULUM VÍTAE

Juan Manuel Gutiérrez-Vázquez, nacido en la Ciudad de México el 7 de noviembre de 1928, microbiólogo y educador, dedicado por 56 años a la educación en ciencias y durante los últimos 39 al desarrollo curricular y la producción de materiales educativos; 80 libros (publicados en México, Argentina, Nicaragua, Honduras, Estados Unidos), ocho capítulos de libros (en México, Uruguay, Canadá, Francia, Inglaterra, Alemania) y 55 artículos publicados en diversos países; participante en más de 50 reuniones nacionales e internacionales con 48 trabajos presentados; fue profesor titular, subdirector y director de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, subdirector de Cursos de Graduados del propio Instituto y jefe del Departamento de Investigaciones Educativas del Centro de Investigación y Estudios Avanzados del mismo; profesor invitado en diversas universidades e institutos de México, Brasil, Argentina, Chile, Colombia, Perú, España, Inglaterra, Alemania, Italia, Kenya, India y Pakistán; consultor de organismos internacionales con experiencia de trabajo en más de 50 países de América, Europa, África, Medio Oriente y Asia; miembro de la Commission for Biological Education de la International Union of Biological Sciences y del Committee for the Teaching of Science del International Council of Scientific Unions; fundador de la *Revista Latinoamericana de Microbiología* y de las

revistas *Chispa* (ciencia para niños), *El Barco de Papel* (ciencia para niños en el medio rural), *Redes* (ciencia para maestros) y *Decisio. Saberes para la Acción en Educación de Adultos*; fundador del Consejo Nacional para la Enseñanza de la Química, del Consejo Nacional para la Enseñanza de la Biología, de la Dirección de Cursos de Graduados del IPN, de Siglo XXI Editores S.A. como Secretario del Consejo de Administración, del Departamento de Investigaciones Educativas del CINVESTAV-IPN, del Centro Michoacano para la Enseñanza de la Ciencia y la Tecnología, del Centro de Investigación y Desarrollo del Estado de Michoacán (CIDEM), de la Universidad Indígena Intercultural de Michoacán y de la Universidad de la Ciénega, Michoacán. Premio Luis Elizondo (1976), egresado distinguido de la ENCB-IPN (1981) y Presea Lázaro Cárdenas (1983). Actualmente editor general de la revista *Decisio*, en CREFAL, asesor en educación del Gobierno del Estado de Michoacán y articulista del diario *La Jornada Michoacán*.

1° DE NOVIEMBRE DE 2006

Mis maestros

JM Gutiérrez-Vázquez

FOTOGRAFÍAS



Los cuatro hermanos, de izquierda a derecha: Antonio, José Luis, Juan Manuel (de 9 años) y Emilio Gutiérrez Vázquez. A esta edad Juan Manuel cursaba el cuarto año de primaria y era alumno de la maestra Cantú y del maestro Cortés Juárez. 1938



A los 13 años. En esta época era alumno de zoología del maestro Maximino
Martínez en la secundaria No. 4. 1942



17 años. Aproximadamente en la época en que dejó por un año los estudios de Microbiología en la ENCB y, estudiando pintura, se reencontró con el maestro Erasto Cortés Juárez. 1946



A los 19 años, cuando estudiaba física con don Juan de Oyarzábal,
en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas. 1947



1954

73



1968

74



Con alumnos de la Escuela Manuel Bartolomé Cossío,
haciendo un experimento. 1970



En Saltillo, Coahuila. 1974



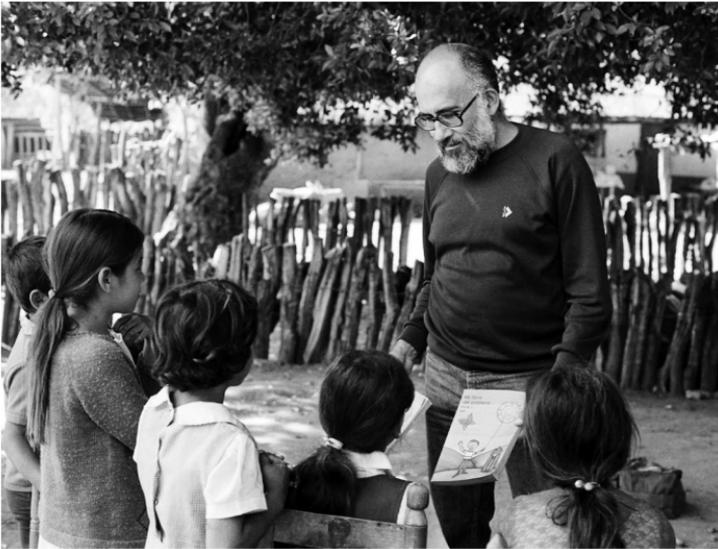
Trabajando con maestros. Años setenta



Alegato. Años setenta



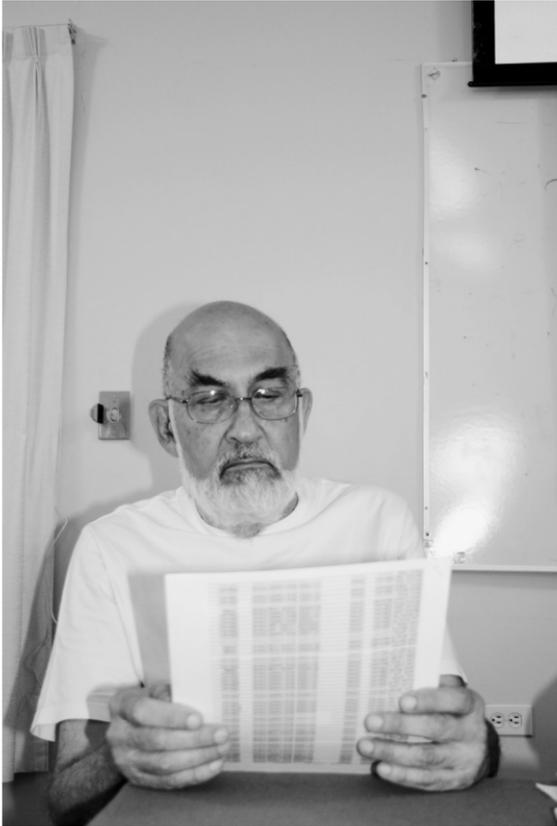
En el jardín del DIE, discutiendo con maestros e investigadores



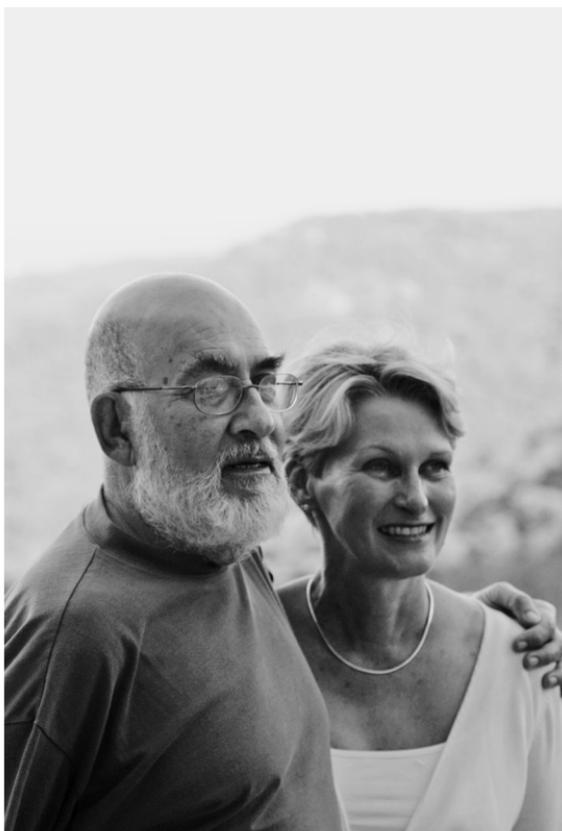
Con niños de Tzurumútaru, Michoacán, en los años ochenta, cuando formó el Centro Michoacano para la Enseñanza de la Ciencia y la Tecnología (CMECT)



Fecha incierta rumbo a 1990, con su mamá



En el CREFAL, alrededor de 2006



JM y su esposa Ruth en España



Caminando a orillas del mar en Inglaterra. 2006

Mis maestros, de JM Gutiérrez-Vázquez,
se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2009
en los talleres de SieteCyan en Morelia, Michoacán, México.

En su composición se utilizó la familia tipográfica
Garamond Premiere Pro en diversos tamaños y estilos.
El tiraje fue de 21 000 ejemplares.



Quizá sea éste el destino de nosotros, la mayoría de los maestros: después de decenas de años dedicados a la enseñanza, y con ello al progreso de nuestros alumnos y del campo o disciplina que cultivemos (pues no solamente la investigación conduce al desarrollo del conocimiento, también lo hace la buena enseñanza que logra despertar y consolidar vocaciones de quienes se dedicarán en el futuro a pesquisas y escudriñamientos formales), al final no queda registro alguno de nuestro paso por estas tierras, como no sea en los archivos polvorientos de escuelas, secretarías y ministerios...

Estas notas son, pues, un reconocimiento y un homenaje para mis maestros y para todos los maestros, pero también una invitación para que todos sigamos pensando en el arte y la ciencia que nos convierten de seres comunes y corrientes en buenos educadores.

JM GUTIÉRREZ-VÁZQUEZ